EN LA PLANA TERCERA: LA SITUACION POLITICA.
EN LA CUARTA: EL PROYECTO DE LEY DE ARRENDAMIENTOS.
EN LA SEXTA: EL TIEMPO EN ESPAÑA Y DEPORTES.

El Sol

Año XX.—Núm. 5.806:: Precio: 15 cénts. Ap. 249. Tel. 32610. Diario independiente fundado por D. Nicolás M. Urgoiti en 1917. Madrid miércoles 1 de abril de 1936

DECISION IMPROCEDENTE

El anuncio que ayer hizo el Sr. Jiménez Fernández en nombre de la Ceda, al ponerse a discusión el dictamen de la Comisión de Actas que anula las elecciones de Granada, no ha sido—a nuestro juicio—bien meditado. Responde, sin duda, a una viva contrariedad y acaso esté inspirado en razones estimables. Como quiera que sea, resulta improcedente.

La retirada de una minoría del Parlamento es siempre un acto impolítico. Pocas veces se ha dado este caso en nuestra vida parlamentaria, y sólo tiene explicación cuando quienes se retiran lo hacen para actuar de modo revolucionario. Sería ofender a la Ceda pensar que abriga propósitos subversivos. Por eso precisamente nos duele su actitud.

Claro que el anuncio hecho por el Sr. Jiménez Fernández se refiere al caso concreto de las elecciones granadinas. Pero ni aun así está justificada la inhibición. Si es cierto que los grupos que integran la mayoría proceden con desigualdad, por simple afán de restar actas a las derechas y aumentar aún más las de izquierda; si es verdad que en la Comisión de Actas se actúa sin sujeción a un criterio jurídico, ni siquiera a una norma moral, la retirada en masa carece de valor incluso como protesta, porque siempre deja margen al supuesto de que en el fondo no existe otra causa que el despecho. Y el despecho jamás ha sido un buen aliado de una causa justa.

Toda vez que el régimen parlamentario es discusión, lo pertinente era que la minoría de la Ceda expusiese sus razones contra el dictamen que juzga parcial; dejar a la mayoría la responsabilidad de su decisión y seguir firme en su puesto, en defensa de los intereses que le encomendó el cuerpo electoral, era un deber.

No solamente hemos de lamentar este error de táctica de la Ceda. Existe otro de tanta o mayor trascendencia que el apuntado. Consiste en esta ocasión en aparecer la Ceda aliada a los grupos monárquicos. Lo cual contribuye en medida nada escasa a que persista la confusión política que desde hace tiempo se observa en el campo de las derechas.

La Monarquía ha quedado fuera del horizonte visible. Y no es en ese campo donde un partido—sobre todo un partido que ha gobernado ya en la República—pueda encontrar aliados y colaboradores eficaces. El no darse cuenta de esta realidad flagrante hace que se mantenga el equívoco en torno de la actuación y de la significación de la Ceda. Que las minorías monárquicas se retiren del Parlamento será un episodio más o menos lamentable, pero no trascendente, ya que su condición de adversarias del régimen le quita eficiencia. Cambia de aspecto la cuestión cuando a esos grupos monárquicos se une una minoría situada dentro del régimen, como la Confederación Española de Derechas Autónomas.

No ha meditado bien la Ceda su decisión de apartarse, siquiera sea circunstancialmente, del Parlamento, y mucho menos en compañía de los grupos monárquicos. No es eso lo que nosotros, y con nosotros gran parte del país, esperábamos de ese partido. Confiábamos en que buscaría uniones dentro del régimen, precisamente para contrarrestar otras uniones formadas a la izquierda de éste.

Von Ribbentrop de nuevo en Londres

Parece que es portador de una respuesta incompleta al requerimiento de Francia, Inglaterra y Bélgica

Entre tanto, se habla de que ocurrirán interesantes trasformaciones en el Gabinete inglés

(Crónica telefónica de nuestro redactor-corresponsal.)

LONDRES 31 (12 n.).—*Von Ribbentrop ha llegado esta noche en avión portador al parecer, de los preliminares de la respuesta alemana a los acuerdos, proposiciones o sugestiones aprobados por tres de las cinco potencias de Locarno: Francia, la Gran Bretaña y Bélgica. Hitler ha querido cumplir su palabra depositando a von Ribbentrop en Londres en la fecha convenida; pero los hechos de estos últimos días, la victoria alemana, la interrogación planteada por M. Flandin en un discurso electoral, las vacilaciones de la Gran Bretaña y el retraimiento de Italia, son de tal volumen que requieren meditación. Sin concluir Hitler la consulta con sus ministros y sin haber podido todavía medir todas las posibilidades, ha despachado a Ribbentrop con una respuesta que es al parecer incompleta. Como Ribbentrop llegó muy tarde a Londres, la respuesta no será conocida probablemente hasta mañana por la mañana.*

Y CABE EN LO POSIBLE QUE HASTA FIN DE SEMANA NO SE CONOZCA EN SU TOTALIDAD EL PENSAMIENTO DEL REICH

El "Daily Telegraph" presume que en ella no viene la oferta prometida de un plan de paz para veinticinco años, y que seguramente hasta fines de semana no enviará Hitler con todo detalle su contestación definitiva. Cae, pues, dentro de lo posible que haya un nuevo compás de espera.

Si se confirman los informaciones periodísticas de esta noche, ese lapso lo cubrirá con interesantes transformaciones el Gabinete británico. Ha trascendido a la Prensa la división que existe en el Gobierno en cuanto a la apreciación de las anunciadas y aplazadas conversaciones de los Estados Mayores generales de Francia, Bélgica y la Gran Bretaña. Las discrepancias entre los ministros son fundamentales y pueden dar lugar a una reforma profunda del Gabinete. Según el "Star", los paladines del contacto de los Estados Mayores son Mr. Eden, Mr. Neville Chamberlain, ministro de Hacienda; lord Halifax, lord del Sello privado; Macdonald, lord presidente del Consejo, y el ministro de la Guerra, Duff Cooper. Los enemigos irreconciliables de esas conversaciones son lord Hailsham, lord canciller; sir John Simon, secretario del Interior; lord Monsell, primer lord del Almirantazgo, y Mr. Ernest Brown, ministro de Trabajo. La opinión pública sigue siendo rotundamente hostil al contacto de Estados Mayores. Mister Lloyd George insistía esta mañana en una carta al "Times" en el tema desarrollado por él en el Parlamento, a saber: que en 1914 el Acuerdo concertado entre los Estados Mayores fué la causa de que los políticos y diplomáticos turieran que dar paso a los militares y de que la Gran Bretaña se viera comprometida en la guerra.

El "Star" llega a decir que el primer ministro, Mr. Baldwin, que sacrificó en una ocasión a un secretario de Negocios Extranjeros, a sir Samuel Hoare, tendrá que sacrificarse esta vez a sí mismo.

Los periódicos vespertinos llevan sus augurios demasiado lejos. El bloque gubernamental tratará de evitar un brecha tan grave como la reconstrucción del Gabinete en estos momentos de crisis internacional; pero aparece muy incierto el destino de las conversaciones entre los Estados Mayores. La opinión pública pesa mucho en este país, y no son ya algunos conservadores de la extrema derecha, sino todos los laboristas y los liberales y la gran masa del partido conservador, los que encarnizadamente se oponen al contacto con los militares de otros países. El subsecretario de Negocios Extranjeros ha dicho esta tarde en los Comunes que este contacto no había empezado todavía; pero que el Gobierno tomará todas las medidas que considere necesarias para demostrar su determinación a que sea efectivo el Tratado de Locarno. Por lo pronto, esta noche ha presentado la dimisión un ministro: Mr. Eustace Percy, que lo es sin cartera. Las razones se desconocen hasta ahora. Mañana se reunirá el Gabinete para discutir la respuesta de Hitler y para estudiar la fecha en que empezarán las conversaciones de los Estados Mayores y las limitaciones que a ellas impondrá el Gobierno británico. Pero los periódicos dicen que, en vista de las divisiones fundamentales que existen en el Gobierno, es muy posible que no se llegue a tomar ninguna decisión.—L. C.

Aparece muy incierto el destino de las anunciadas conversaciones entre los Estados Mayores

Hasta hoy no será entregada la nota al Sr. Eden

En espera de las proposiciones de Alemania

LONDRES 31 (7 t.).—El señor Baldwin se ha entrevistado con el ministro de Negocios Extranjeros. Se cree que el objeto de esta conversación ha sido la situación internacional, en espera de la respuesta alemana, cuya entrega se espera en Londres para esta tarde. En cuanto se reciba el documento, el Sr. Eden lo comunicará a las potencias firmantes del Tratado de Locarno.

Se cree poder afirmar que los ministros determinarán en la reunión que celebrarán mañana la fecha de las deliberaciones entre los Estados Mayores inglés, belga y francés, sin que esta decisión se atenga al contenido de la respuesta alemana.

En la capital londinense se estima que son necesarias estas conversaciones, con el fin de dar a Francia el sentimiento de seguridad y la confianza necesaria para el progreso de las negociaciones ulteriores entre las potencias. (Fabra.)

La nota alemana será entregada hoy

LONDRES 31 (11 n.). — La "Press Association" cree saber que el Sr. Ribbentrop ha traído a Londres ciertas propuestas relativas al período que precederá a las negociaciones generales.

Mañana entregará las contraproposiciones alemanas el señor Eden.

El documento será publicado simultáneamente en Londres y Berlín, y se dice que se compone de veinticinco páginas escritas a máquina.

Entre las personas que rodean al Sr. Ribbentrop se dice que éste telefoneó desde el aeródromo de Croydon al Sr. Eden, rogándole aplazase para mañana la cita fijada primeramente para esta noche, fundándose en el retraso con que efectuó el viaje.

Este ruego ha sido aceptado inmediatamente. (Fabra.)

Hipótesis sobre la naturaleza de las proposiciones germanas

LONDRES 31 (11 n.).—El señor Eden recibirá a von Ribbentrop, que entregará las contraproposiciones del Reich.

Tan pronto el primero de dichos señores tenga en su poder el documento alemán, lo comunicará a los representantes de las potencias locarnianas.

El doctor Dieckhokf, al abandonar Berlín, ha manifestado al representante de la Agencia Reuter lo siguiente: "Ignoro cuánto durará nuestra estancia en Londres; puede ser de cuarenta y ocho horas o más, y no creo que la contestación alemana sea muy extensa."

En los centros internacionales creen que el documento alemán desarrollará, sobre todo, cuáles sean los propósitos llamados constructivos, sin extenderse sobre las medidas del período intermedio, que, según el pensamiento del Gobierno inglés, debieran encerrar un gesto que permitiese la apertura de negociaciones con Berlín.

En este aspecto, no es aguardada ni una repudiación categórica del Reich, ni una propuesta sustancialmente satisfactoria. Está descontada una ligera concesión, no susceptible de permitir un acuerdo; pero que al poner las cosas en mejores condiciones, podría considerarse aprovechable para emprender conversaciones capaces de permitir llegar a que se hagan proposiciones consideradas como satisfactorias y que autoricen la apertura de negociaciones para un arreglo pacífico.

El simple enunciado de este caso parecer de los círculos diplomáticos produce ocas ilusiones sobre las dificultades que se van a plantear. (Fabra.)

Las proposiciones alemanas son breves y positivas

PARIS 31 (11 n.).—Noticias de Berlín dicen que, según informaciones de fuente alemana, el documento de que es portador el señor Von Ribbentrop es muy breve.

Se precisa que el criterio alemán contiene proposiciones positivas para el período de las negociaciones. (Fabra.)

Oficiosamente se exponen los propósitos pacifistas de Alemania y se ataca la política de Francia.

BERLIN 31 (6 t.).—La "Correspondencia Diplomática Política" escribe:

"La política alemana desea el apaciguamiento y la pacificación Para ello emplea un método destinado a apartar sistemáticamente y paso a paso la desconfianza, y crear una atmósfera de confianza

(Continúa en la página 8.)

Recuerdos de la Terraza Adelphi

La batalla campal entre los embajadores de España y de Francia

Por LUIS CALVO

Arrollada por el maquinismo, que pide espacio a la belleza, desaparece de la graciosa ribera del Támesis la terraza Adelphi, donde nació Disraeli y murió David Garrick, uno de los lugares más famosos y añejos de Londres. En su breve recinto, bautizado en 1772 con el nombre griego de Adelphi por los "hermanos" Roberto y Santiago Adam, que trasformaron arquitectónicamente su apariencia, se han vivido capítulos trascendentales de la historia de Londres, desde Enrique VIII a nuestros días. Adelphi es hoy un conjunto de callejas pinas, estrafalarias y recalcadas, que desde la parte sur del Strand se asoman al río y tienen un aspecto paupérrimo y campechano de burgo feudal. La Terraza, oreada por el humo de las gabarras, da hoy título a todo ese bárrio desvencijado. En ella vivió sir Walter Raleigh, por ella pasearon las Reinas María e Isabel, y allí se urdieron muchas victorias del protestantismo y muchas piraterías contra los galeones españoles. De allí salió Drake, como una fuerza de la naturaleza, para asolar nuestras costas deslumbradoras. Shakespeare y Ben Jonson, poetas, comediantes y titiriteros del siglo isabelino, bebieron y rieron en sus tabernas. Que tenían nombres sonoros: La Zorra en la Colina y La Cabeza de la Reina, por ejemplo. En la Terraza que hoy se llama de Adelphi desembarcaron los grandes bohemios de Londres, con Oliverio Goldsmith y el doctor Johnson, y allí vivieron Voltaire y Carlos Dickens. Desde el siglo XIII no hay episodio notable de la política, de la literatura o de la religión que no haya nacido en esas callejas o atronado su penumbra. Allí, finalmente, se asentó, a mediados del siglo pasado, el último censo de la bohemia literaria de Londres, congregado en el Savage Club.

Cerca de cien años de cultura y arte están compendiados en la vida de este club bohemio. Ningún otro fué tan regalado ni tan afamado. Los Reyes y los príncipes tenían a gala el título de "hermano Salvaje", conferido en una cena, en un sarao, en una bulliciosa tertulia de bebedores del bar.

Todos los "snobs" de la aristocracia o de las artes sintieron alguna vez el prurito de figurar en la lista de socios o de participar en sus ágapes y veladas pantagruélicos. Lo fundaron en 1857 unos cuantos hombres de pluma, que en la uniformidad del Londres subsiguiente a la revolución industrial querían revivir el ocio y desenfado de los "coffeehouses" y del "Literary Club", del doctor Johnson.

El bautizo del club fué bastante laborioso; nadie acertaba a encontrar un nombre adecuado a sus fines y estilo. Unos proponían el de "Addison Club"; otros, el de "Goldsmith" o "Johnson". Un poco en broma lanzó alguien el apellido del poeta más bohemio y desordenado de Inglaterra, Richard Savage (autor, por cierto, de muchas comedias de asunto y tipos españoles), y ese apellido definió las aspiraciones de todos. Suministraba además un apelativo equívoco y zumbón. El "Salvage Club" podía ser a un mismo tiempo el "club de los salvajes"—"salvis"—y el club del poeta Ricardo Salvaje. El extraño a sus ritos que se asomara ingenuamente a aquella manida o jacal se encontraría con la sorpresa de una "lucus a non lucendo". En realidad, el "Savage Club" ha sido y es uno de los más refinados, bien que enmascarado en perpetua carcajada, de la ciudad de los clubs; y no hay figura literaria de legítimo renombre ni periodista eminente que en él no haya lucido su ingenio o su saber. Al desaparecer la terraza Adelphi, arrumbada por las necesidades modernas, el Club Salvaje pierde su escenario propio e inicia una nueva vida, como el pez que pasa del mar a la pecera.

Antes de que los hermanos Adam reformaran con sus delicados ornamentos preciosistas—vestigios de Palmira—el barrio Adelphi, la terraza que ahora desaparece se llamaba Durham Yard, y con este nombre fué conocida por los guerreros, poetas y piratas anteriores y posteriores a Shakespeare. El primer tabaco que se fumó en Inglaterra lo fumó en aquella terraza sir Walter Raleigh. Drake le trajo las hojas desde Virginia. Un día de 1586, estando Raleigh en su cámara vestido con aquella famosa vestidura que cubrían seis mil seiscientas piezas de oro en alhajas, que acaso proviniera de rapiñas en la América española, entró su criado con una gran taza de cerveza. Raleigh, la pipa en la boca, yacía en una atmósfera de humo, y el criado, pensando que su amo se abrasaba vivo, le lanzó al rostro la bebida, y acudió desolado a la terraza pidiendo auxilio a la plebe de tabardo que por allí solía entregarse a las vanas habilidades de los amores de la reina y el pirata.

(Continúa en la página siguiente.)

Visado por la censura

UN "INTELECTUAL", por Bagaría

(Según los diarios, el Ayuntamiento piensa talar los árboles del paseo del Prado, con el fin de que se pueda ver mejor el edificio del Museo.)

—¡Sí! Que los talen. Así podré ver el Museo por fuera, ya que no lo he visto por dentro.

Feria de ingenuos

El señor ministro de Agricultura se ha creído en el caso de llevar a la "Gaceta" una disposición estableciendo la tasa de las libretas de pan candeal. No vayan ustedes a suponer que alude a las libretas actuales. No. El Sr. Ruiz Funes se refiere a las de 500 gramos. Esa cosa arcaica y fuera de uso, como el arco de Trajano, que se llamaba libreta de medio kilo cuando nuestras madres cantaban el "Vals de las olas". La intención del simpático ministro merece todo género de aplausos. ¡Nada menos que rehabilitar la libreta de medio kilo! ¡Casi nada! ¡Con las fatigas que ha pasado la pobre! Los tumbos que dió en los últimos tiempos. Las amarguras que proporcionó a los tahoneros. A los guardias. A los tenientes de alcalde. Todos se quejaban. La fijación del peso exacto era una operación imposible. Todo eran inconvenientes. El estado de la masa. La temperatura del horno. La cantidad de agua empleada. El humor de los obreros. El estado de ánimo de la familia del patrono. En verano, el calor. En invierno, la humedad. Total, que los recursos de la naturaleza toda se ponían de acuerdo para que la libreta no tuviese un peso superior a 325 ó 350 gramos. Pero un día se les ocurrió a las autoridades establecer que las libretas tendrían medio kilo nominal. Y todo quedó resuelto. Respiraron los fabricantes. Los obreros. Las autoridades municipales. Se acabaron los abusivos repesos. Las inspecciones. La vigilancia. Y las libretas estuvieron sujetas a las alteraciones naturales de cualquier otro valor del Estado, de la provincia o del Municipio. Las pobres libretas comenzaron a sufrir. Enflaquecieron. En algunas tahonas fueron sometidas a curas de reposo. Inútil tarea. Para engordar precisaban más harina, y los patronos no estaban dispuestos a tal dispendio. Querían, por lo visto, que aumentaran de peso por medio de inyecciones. Pero no lo conseguían. Y perdían peso. Y tomaban un color de todos los demonios. Se resistían al paladar y a los colmillos. No es fácil comerse un cuerpo enfermo. Y las libretas están epidémicas. No hay más que verlas, tan flacas, tan esmirriadas, tan ligeras. Su enfermedad es la causa de casi todos los trastornos que venimos sufriendo. La gente que come lo hace nominalmente. Por esto esa genial idea del ministro rehabilitando las populares piezas de medio kilo merece los más cálidos elogios. Esperemos, sin embargo, a conocer los resultados de la disposición. Veremos cómo la reciben los tahoneros y las autoridades municipales. Protestarán los primeros. ¡Habían dado con unos modelos tan monos! ¡Parecían relojes extraplanos. Tan manejables. Tan sencillos. ¡Y ahora se le ocurre al ministro restablecer aquellas piezas enormes! ¡Y tan baratas! Un viejo funcionario que solía pedir a los compañeros al final de mes algunos duros, les decía para animarlos: —¿Me prestas un mosquito? Y cuando lo devolvía lo anunciaba así: —Ahí tienes, y muchas gracias. Te devuelvo el pavo.—H.

DESDE ITALIA

Teseo, en los fabulosos cementerios marinos

El mal tiempo o la desilusión han devuelto el "Artiglio" el buque famoso que tanto dió que hablar cuando recuperó el cargamento de oro del "Egypt"—a su base habitual de Viareggio. Zarpó dos meses ha con rumbo a Elba en busca de los restos de una goleta española en que la maltrecha Monarquía napolitana, a la llegada de los franceses, trataba de poner en salvo joyas y riqueza, mientras Palermo y las Calabrias ofrecían escondrijo temporal a príncipes que no habían sabido defender sus Estados. Hizose a la mar la goleta en los albores de aquel año de 1806, con rumbo a España; mas los franceses, sospechando el fraude, acosáronla; mientras, el capitán trataba de ganar el puerto de Longón, la fortaleza más segura del Rey en la redonda de Elba. Y ante la disyuntiva de entregarse con la carga preciosa, pues ya los franceses le iban al alcance, antes de embocar la rada, decidió el capitán hundir el buque, y con él, las esperanzas de Fernando IV.

Muchas e infructuosas fueron las búsquedas e intentos que longoneses y forasteros llevaron a cabo para rescatar el tesoro, aunque en jornales y en sondeos algo quedó en manos de los isleños, pues no en balde cantan aún los arraplezos que "El desastre de la "Pólux"—fué la suerte de Longón". Y no cabe decir que los tripulantes del "Artiglio" hayan sido más afortunados que sus antecesores: en dos meses de trabajos, día y noche, las torrecillas han explorado el fondo del mar palmo a palmo, no dando más que con una áncora, que los peritos atribuyen a los primeros años del siglo XIX. Mas no son éstos hallazgos para quienes están acostumbrados a rescatar tesoros.

Porque existe una marinería especializada en la busca de tesoros, la que embarca en los buques de la Sorima (Società di Ricuperi Marittimi). Y esos marineros y buzos provienen en su totalidad de la tierra de Versiglia: marineros de Viareggio y de Torfano, del mismo tronco que ha dado a las Américas millares de trabajadores y a Europa deshollinadores y figulineros; tierra de trotamundos, en definitiva, más tentados por la aventura que por el trabajo en casita—suponiendo que lo hubiera—, para quienes el hogar es madrastra, aunque luego, desde lo hondo del mar o desde regiones apartadas del planeta, se les antoje puerto seguro y dicha soñada. Que así son todos: salir con el hato al hombro, madrugar mucho y quebrarse los riñones durante media vida para ensanchar dos varas el terreno donde, con las tribulaciones de otros viajes, han edificado una casita color de rosa y persianas verdes. Una casita entre arrayanes y geranios, bajo dos cipreses—que así la ve el andariego—, a la que volverá fatalmente, si no lo coge a traición la muerte, el inquieto luqués.

Ahí, y entre esa gente que desde los años mozos se echó la manta al cuello, ha nacido y se ha desarrollado la industria de los rescates marítimos: industria venturosa, como la de los buscadores de oro, con la diferencia de que en aquélla hay que jugarse el cuero a diario. Los protagonistas, los héroes de esas incursiones submarinas que sacan por segunda vez a la luz del sol cuanto al correr de los siglos se fué sepultando bajo la colcha verde de los mares, son los pobres buzos de Versiglia, que por vocación y por audacia mantienen en el mundo entero ese monopolio.

El resultado lisonjero del rescate del oro del "Egypt", hundido en el mar de Brest, dió a esta industria italiana y toscana gran empuje. Háblase ya de recobrar la flota napoleónica hundida en la bahía de Abukir en la famosa batalla librada el 1 de agosto de 1798 en aguas de Egipto; de intentar la pesca de las toneladas de metal sepultadas frente a Pola y en la costa del Carnaro: cascos de buques torpedeados, cadenas, proyectiles y cañones, amén de los 15 submarinos alemanes hundidos deliberadamente por sus tripulantes al anunciarse el armisticio; y aun de llegar hasta el Océano Indico para dedicarse a la pesca de perlas en los bancos riquísimos vistitados en la actualidad por los indígenas, que no pueden alcanzar, como es natural, grandes profundidades. Pues todas esas ruinas y estos tesoros son hoy recuperables gracias a los luqueses y a las cacafandras y torrecillas que en tierras de Versiglia han sabido idear.

Mas no para allí la industria. Que para uso y guía de estos exploradores de tesoros se han trazado especiales cartas de marear, que no son tales mapas, sino verdaderos planos submarinos, con la indicación de las callejas que conducen a los tesoros por rescatar. Y son ya tantas, que constituyen un atlas submarino, una verdadera guía de los cementerios marinos, fruto de muchas exploraciones, de lecturas de documentos, de acopio de leyendas y tradiciones y de concordancias de viejas y nuevas voces.

Las grandes vías marinas están marcadas, como es natural, con los restos que siglos de tempestades y de siniestros han dejado en el fondo de los mares. Más abundantes donde la niebla se cierne de continuo, en los canales barridos por los vientos y sembrados de escollos, en el paso obligado de los grandes tráficos, en las zonas que más a menudo han sido teatro de batallas. Año tras año, y siniestro tras siniestro, se han formado así los cementerios marinos que estos nuevos cartógrafos italianos van registrando. Durante las exploraciones que estos buzos cartógrafos realizaban en la costa africana, hallaron un velero hundido hace más de dos siglos. Tratábase del "Haarlen", un bergantín que acosado por la tempestad se fué a pique con un número considerable de pasajeros y con una verdadera fortuna en vergas y en monedas de oro. Y junto al punto que señala en el mapa esa tumba figura otro nombre: el del "Rynengen", un vapor que, por rara coincidencia, se perdió en aquel lugar cuarenta años ha, y cuyos restos se han mezclado con los del bergantín.

El examen de esas plantas de cementerios renueva historias, espolea la fantasía y nos presenta el mar como el Cerbero que tantas injusticias ha reparado y tantas vidas y riquezas guarda. Ahí está el casco del "Waterloo", un buque holandés que por los años de 1840 zarpó de la metrópoli con doscientos forzados. Pero el barco no llegó jamás a su destino, y los noticieros del tiempo se apresuraron a urdir embustes y a dar volumen a las leyendas que habíaban de insurrecciones a bordo, del buque caído en manos de los forzados y de su precipitado y obligado arribo a Madagascar. Y a un siglo de distancia, este simple nombre en el mapa viajero reconstruye la verdad y nos permite imaginar la muerte que habrá tocado a los doscientos que se hundieron cargados de cadenas.

Otros cementerios, y de mayor importancia, existen en el fondo del estrecho de Magallanes, donde en otro tiempo los veleros, las más de las veces, eran lanzados por los vientos contra las escolleras; en la bocana de los grandes puertos de Nueva York y Boston, envueltos en la niebla; en las cercanías de San Francisco, donde menudean los ciclones, y a la salida del mar Rojo, allende aquel estrecho que con razón se llama Bab-el-Mandeb; es decir, Puerta de las Lágrimas, víctimas de los monzones que barren el Océano Indico. Mas la palma en tan triste y provechosa porfía la llevan dos parajes europeos: la bahía de Vigo y el canal de la Mancha. La de Vigo, por los famosos galeones españoles hundidos en 1702 para evitar que cayera en manos inglesas el precioso cargamento que traían de las Indias, y es éste el cementerio más rico, pues se ha evaluado en centenares de millones lo que las aguas tragaron en aquel entonces. Y si a la rada de Vigo corresponde el primer lugar por sus riquezas, nadie discutirá al canal el mayor número de naves sumergidas, que son incontables, pues lo que hicieran niebla y tempestades—que muchas víctimas han causado—lo completó la guerra europea; es decir, los submarinos alemanes, que prodigaron sus torpedeamientos a cuantos buques rondaban los puertos ingleses y franceses.

Pero el atlas de los cementerios marinos, con la frialdad de los hechos demostrados, ha terminado con una leyenda que cautivó a muchas generaciones de soñadores. El mayor cementerio marino, el lugar donde se daban cita trirremes y goletas, buques pesqueros, bergantines, juncos y laúdes; aquel mar de los Sargazos, centro de todas las mareas del globo, cuyas vegetaciones flotando a pocos metros por debajo de la superficie detenían esos restos a la deriva para amontonarlos confusamente sobre su lecho, no existe, es uno de los escasos puntos en que nada tienen que buscar los buzos. Y los luqueses, que no en vano trabajan para los ligures practicistas, sostienen que es el mar menos poético del planeta.

Juan Ramón MASOLIVER

Un telegrama circular sobre el uso de licencias gratuitas de armas de fuego

El ministro de la Gobernación ha dirigido un telegrama circular sobre las licencias gratuitas para usar de armas. Dispone que en un plazo de quince días se envíen las licencias al ministerio de la Gobernación, conservándose por ahora las armas para no dejar desatendidos fines indudibles de orden público, que no pueden quedar en descubierto durante el tiempo que dure la revisión.

Se dispone la forma en que han de ser remitidas las licencias y se determina que aquellas cuya validez no se confirme obligan a sus poseedores a depositar las armas inmediatamente después de comprobada la invalidez.

© Biblioteca Nacional de España